

dores por sus trabajos y sus libros, era de esperar que la obra del distinguido arqueólogo mexicano abundase en grande y vivísimo interés. Al leer *Estudio sobre Sahagún*, cualquiera creería que el autor iba á señalarnos metódica y minuciosamente los pasos de aquel héroe del cristianismo, sus acciones todas, sus sufrimientos y trabajos, lo mismo que las recompensas que hallaba su abnegacion en las empresas por él acometidas. Era natural esperar que el Sr. Chavero, con hermosa y galana frase, nos describiera los afanes del santo franciscano en su amado Colegio de Santa Cruz, sus expediciones á los volcanes, su estancia en los conventos donde se retiraba á escribir, lo mismo que el acto importantísimo de doctrinar á los niños y sus métodos de enseñanza, cosas ambas en que se señaló de una manera particular, igualando si no superando á los demás misioneros, segun puede comprobarse por los copiosos frutos que recogió. Pero nada de esto hay en el libro del Sr. Chavero. Su obra es sólo para los eruditos, no para los que quieren conocer y recrearse con nuestras cosas antiguas. Para éstos tienen escaso interés las conjeturas que allí se hacen acerca del paradero de las obras, ya impresas, ya manuscritas del P. Bernardino. Tendríanlo grande quizás si el autor nos hubiese dado, aunque en brevísimo extracto, los asuntos en ellas tratados, los trabajos é investigaciones á que dieron lugar, y la influencia que han tenido en el esclarecimiento de los hechos y en el adelanto de los estudios históricos.

Pudo muy bien el Sr. Chavero, porque tiene

dotes para ello, dar interés á su libro; un interés tal y tan grande, que hubiese atraído igualmente á los sabios y á los ignorantes, á los bibliógrafos y á los simples aficionados á este género de estudios; porque tal como quedó, produce cierto desconsuelo el ver que no está á la altura de los méritos, de las virtudes y de la gratitud que debemos á Sahagún.

V

"*Código de las Damas*," por D. Manuel Pérez Díaz.

En México, donde son tan raros los libros que se publican dedicados á la mujer, tiene que alcanzar buena acogida el precioso librito que acaba de publicar D. Manuel Pérez Díaz, con el título de *Código de las Damas*. Está en verso, y desde que se le comienza á leer, nótanse en él facilidad y soltura, ideas morales muy bellas y galanamente expresadas, sencillez y verdad en la descripción de algunos cuadros de la vida femenina. Sobre todo, sus páginas están llenas de útiles, sanos y provechosos consejos.

Comienza el autor definiendo á las verdaderas *damas*, sus *obligaciones* y sus *derechos*, y enumera despues las causas que hacen dudosos estos derechos y las que hacen perderlos absolutamente. Dice:

Viuda casada ó doncella
La que cual dama se porte,
En el campo y en la corte
Irá el respeto tras ella:
Podrá brillar sin ser bella.

Seducir sin ser hermosa,
Sin ser rica ser dichosa,
Sin ser ama ser servida,
Y hasta ser obedecida
Sin ser fuerte y poderosa.

Verdad que, no por ser sabida, deja de tener oportunidad en un libro dedicado á la mujer, para que en ella medite y ajuste su conducta á preceptos tan verdaderos, especialmente en estos tiempos en que la frivolidad, las pretensiones de mari-sabidillas y la ligereza insustancial de las jóvenes que se educan á *la moderna*, hacen casi imposibles las virtudes que tanto hermocean á las verdaderas damas.

El Sr. Pérez Díaz, con mucho acierto y breve frase, describe el *poder moral y social que ejercen individualmente las damas*, y los *resortes de ese poder*. Presenta á la mujer inspirando á los hombres ideas delicadas, ya con la mansedumbre de su carácter, ya con su prudencia y discreción, ya con el amor que en su alma abriga para todos los suyos. Ella reforma y dulcifica el mal carácter, apaga los ímpetus de la ira, introduce en el hogar el orden y la economía, y derrama por todas partes la paz, el contento y la amistad.

Véase un cuadro doméstico, que agrada y conmueve:

Al bastidor bordando
Sentada Elisa está.
—Bordar de contrabando!
—¡Callad!—¿Pues qué te afana?
—¿No sabes que es mañana
El santo de papá?

Habla el autor de la educacion que debe darse á la mujer desde niña: dice cuál es la *perfecta belleza* en unos lindísimos versos; expone los auxiliares que lícitamente puede procurarse para su adorno; y por último, enumera los objetos en que debe inspirarse una joven, las máximas, reflexiones y motivos que impiden á una mujer ser *dama*; todo expuesto con sencillez, verdad y claridad, sin nada que pueda ser tachado de inconveniente ó inoportuno.

Se comprenderá por todo lo anterior que es útil y digna del mejor éxito la obra del Sr. Pérez Díaz. La moralidad que respiran sus páginas, el delicado sentimiento que á veces tienen sus versos, y su no escaso mérito literario, hacen que se lea con verdadera delicia. Bien se conoce que el autor ha observado ántes de escribir y que ha estudiado á la mujer detenidamente, meditando en todo aquello que puede convenirla para hacerse más y más digna del trono que ocupa en el hogar doméstico. De otro modo no conocería tan á fondo sus inclinaciones, su carácter, y el secreto con que sabe labrar la ventura de su familia.

La gallardía, profundidad y exactitud de algunos pensamientos del autor, así como la belleza de forma que ha sabido darles, son cualidades que realzan y avaloran el mérito del *Código de las Damas*.

Debe el bello sexo mexicano mostrarse agradecido al Sr. Pérez Díaz, y felicitarse de obsequio tan valioso.

VI

"*Revista literaria*," por D. Juan de Dios Peza.

Ha circulado últimamente en México un libro intitulado "Anuario mexicano," que entre otras cosas contiene una *Revista literaria*, ó sea juicio crítico de los poetas y escritores modernos mexicanos, escrito por D. Juan de Dios Peza.

Por la fama de que goza el autor y el valor que ésta daría tal vez á sus juicios, importa no dejarlos pasar sin un oportuno correctivo, pues es grande el mal que se causa extraviando el criterio del público, ya con elogios desmedidos é injustificados, ya con desdenes injustos á quienes son merecedores de alabanza.

Queda indicado con esto el defecto capital de la obra del Sr. Peza: hay en ella una prodigalidad suma de elogios á muchos que no están en el caso de merecerlos, y una sobriedad que parece estudiada para hacerlos de muchos escritores que de verdad tienen importancia y reputacion en nuestra literatura contemporánea. Junto á esta inexplicable injusticia, obsérvase cierta complacencia en hablar largo y tendido de algunos poetas y escritores que, habiendo producido poco, obligan á su panegirista á detenerse más en las cualidades personales que los adornan, que en sus dotes y talento literario, única cosa á que debería atenderse en una obra del género de la que examino.—En cambio, el Sr. Peza apenas si menciona uno

que otro nombre de los que debería citar de preferencia y en lugar distinguido. Así, por ejemplo, segun el autor de la *Revista*, D. Joaquín García Icazbalceta y D. Alejandro Arango y Escandon, son simplemente *escritores castizos y correctos*, sin que las obras históricas del primero, que le han dado una fama universal y grande autoridad entre los bibliógrafos, sean siquiera mencionadas. Del mismo modo, el Señor Roa Bárcena, nuestro primer cuentista, el Sr. Aguilar y Marocho, escritor satírico de los más agudos que tenemos, el Sr. Córdoba, que con sus *Cartas á Fausto* se conquistó una envidiable reputacion literaria, apenas merecen del Sr. Peza una mencion de cinco líneas en su largo trabajo. Por el contrario, nombres de poetas ignorados, de literatos bautizados con el nombre de tales en el silencio de alguna sociedad de elogios mútuos, de eminencias y celebridades desconocidas en los círculos literarios de importancia, de aquí y del extranjero, ocupan allí los primeros lugares y á ellos se aplican las palabras más laudatorias del Diccionario.

Ya en otra parte he dicho que estos elogios desordenados con que en México se enaltece á todas las medianías y nulidades, constituyen el mayor daño que puede hacerse á nuestra literatura. Cortan de raíz todo progreso, todo adelantamiento, y hacen que en vez de estudiar y progresar los que se dedican á las letras, se crean los más conspicuos escritores y los poetas más inspirados y sublimes. ¿Qué bienes puede hacer así la crítica, si ha de luchar siempre con el incensario?

Es lástima que el Sr. Peza, con el prestigio que le da su nombre, contribuya á desvirtuar más y más todo aquello que debería impulsar con su palabra y su ejemplo, para conseguir el engrandecimiento de las letras mexicanas.

VII

"*Los Dioses se van.*" por D. Juan A. Mateos.

Se ha publicado, despues de su representacion en el Teatro Principal, * la comedia de D. Juan A. Mateos intitulada: *¡Los Dioses se van!*

Causó honda impresion en el público; y al ser juzgada la noche de su estreno, al través del prisma de las preocupaciones de cada uno, muy pocos lo hicieron con justicia y sin pasion. Tacháronla unos de sainete inmoral, negáronle otros todo mérito literario, y los más la colocaron entre las comedias más absurdas, por la desmedida exageracion con que están allí dibujados algunos cuadros.

Mi juicio, bastante humilde y desautorizado por cierto, es que la obra, en el fondo, es buena, como lo será siempre toda aquella en que se censuren, se combatan y se ridiculicen los vicios y errores de una sociedad, aunque á ésta le enoje. El Sr. Mateos ha observado bien la nuestra, y en su comedia nos presenta escenas ciertas y verdaderas.

Sin embargo, no creo que la juventud haya descendido hasta ese grado de corrupcion. Llegará, sí, porque la educacion que hoy se le da

(*) Enero de 1878.

y la instruccion que recibe en las escuelas nacionales, la conducirán fatalmente á aquel abismo. Pero hoy todavía hay padres que se desvelan y vigilan á sus hijos, que los corrigen y castigan, que se inquietan por su porvenir y su felicidad. No es cierto que falten ya jóvenes que lloren y se conmuevan ante las lágrimas de una madre, y que, sobre todo, no se avergüencen de hacerlo. Las carcajadas que oye Manuel á sus espaldas, lanzadas por sus compañeros en los momentos de estar arrodillado ante la que le dió el sér, son totalmente inverosímiles. Si hicieran eso los jóvenes de nuestra sociedad, ¿qué esperanzas podríamos abrigar ya? Entonces sí habría razon para exclamar: ¡los dioses se van!

Tampoco es creíble que la depravacion de Gilberto llegue hasta el grado que allí aparece; y si se me dice que puede existir un sér tan ingrato y perverso, contestaré que jamás debe llevarse á la escena. Eso sería prostituir el arte y despertar en el auditorio una indignacion inútil, en vez de las saludables impresiones á que debe recurrir el autor dramático para corregir y enseñar.

Por lo demás, habría sido justo conceder á aquellos estudiantes algun sentimiento noble. No se concibe un hombre, por indigno que se le suponga, que esté desprovisto de una cualidad, de una virtud, de algun sentimiento noble y honrado. Todo allí es repugnante, y ni un rayo de luz atraviesa esas tinieblas del mal.

La escena en que los colegiales se sublevan y redactan su *ultimatum*, es exacta y feliz. Así

son, en efecto, los jóvenes de nuestros días: rebeldes á toda autoridad y á todo órden; quieren saber sin estudiar, y cuando encuentran dificultades, huyen de ellas, en lugar de luchar para vencerlas. Si se les reprende y castiga, alegan la libertad que tienen de ser sabios ó de permanecer ignorantes, mostrando en lo que dicen y en lo que hacen la grande idea que tienen de sí mismos, su vanidad y su orgullo.—¡Qué cierto es, como dice el Sr. Mateos, que la juventud de hoy no quiere ya tener creencias! Ha arrojado lejos de sí los preceptos morales que desde la cuna empezó á aprender de los labios maternos: su amor á la casa y á la vida doméstica, los lazos de familia, las afecciones puras y nobles, van desapareciendo en su corazón poco á poco para ser substituidas por las ideas de comunidad, de compañerismo y de afición á la ciencia, única *madre* que quiere reconocer y adorar. La fé desaparece de su alma, precisamente cuando las pasiones se enseñorean de ella, cuando no hay fuerzas ni energía para resistir, cuando los primeros desengaños y los primeros infortunios hacen sufrir más al hombre. Es cierto lo que dice el Sr. Mateos: el suicidio es entónces el único medio que hallan los jóvenes para poner término á sus desventuras.

¿Se propuso el autor combatir la supresion del internado en los colegios? No es posible creerlo, porque debió comprender que de un caso aislado, es absurdo deducir consecuencias generales. Aquellos sucesos, además, eran y son posibles habiendo ó no internado, y áun entre personas que no fuesen estudiantes. ¿Por qué,

pues, escogió á éstos para víctimas de sus terribles ataques?—Vicios muy grandes hay en nuestra sociedad, y repito lo que dije ántes: que el Sr. Mateos los ha estudiado bien. ¿Pero debió por eso presentarlos en el teatro tan descarnadamente? ¿Fue oportuna esa prueba que quiso darnos de su atrevimiento y arrojo? ¿No encontró entre los recursos de que dispone el arte dramático, medios más adecuados y eficaces para combatir aquellos vicios?

Su obra destila hiel, y parece escrita toda entera en un momento de indignacion y de enojo. Hay frases que no parecen del que ha predicado siempre las ideas liberales más avanzadas desde las tribunas del Congreso y del jurado popular. ¿Dirémos por esto que ha abjurado de aquellas, por parecerle ya que son malas? De ninguna manera, y ¡ojalá que así fuese! Lo que sin duda ha querido el Sr. Mateos ha sido atacar el abuso, los excesos, á fin de que se busque el remedio y se eviten en lo que sea posible. Muéstrase en esto liberal despreocupado, y su sátira va dirigida contra todos los que no cumplen con su deber, contra todos los que obran sin meditar.

La crítica que hace del jurado es, á mi juicio, lo mejor de la obra. Sin conceder en lo absoluto que todos los jueces son como los que allí se ven, es justo confesar que está perfecta y felizmente retratada esa institucion que algunos han llamado la tumba de la justicia. Aquel colegial que espera á los jurados para engañarlos y comprometerlos á que absuelvan al reo, aquel defensor que solicita aplausos, aquellos hombres

del pueblo que con disgusto asisten á decidir sobre un asunto que ni conocen ni entienden, son tipos que viven y se encuentran en nuestra sociedad. Gilberto, el criminal seductor de Eloísa, queda absuelto; y en esto se ve palpablemente el peligro de que la justicia quede burlada.

¿Hay verdad en los personajes que nos presenta el Sr. Mateos? Ya he dicho que son raros, pero posibles. El carácter mejor sostenido es el del viejo. D. Anselmo habla con moderacion, emplea la sátira cuando conviene, se exalta cuando le ofenden, y habla casi siempre el lenguaje de la razon y el buen sentido. Una cosa no se explica en él, y es la reconciliacion con su hijo en el segundo acto, despues de haberle abandonado al concluir el primero: sólo un cambio en las ideas de Gilberto puede producir esas paces; pero tal cambio no se verifica.

La obra, considerada literariamente, me parece mala: faltan en ella accion dramática y unidad. Es más bien una coleccion de cuadros sociales, dibujados con gracia, galanura y aticismo. Los chistes abundan con tal profusion á veces, que la obra se convierte en un verdadero sainete; y esa mezcla de drama, de comedia y de sainete es un defecto grave.

Decir que *Los Dioses se van* es una calumnia grosera levantada á nuestra sociedad. Podrá ser. Yo repito que muchos cuadros, muchas escenas, son fiel trasunto de la verdad. Acaso haya exajeracion y estén recargados los colores; tal vez ha sido una imprudencia del autor retratar tan vivamente ciertos tipos. Y quizá debido á esto los fines que se propuso no se consigan.

Nadie gusta de corregirse cuando le muestran sus defectos y le reprenden en público.

Es posible, por último, que el grito de enojo con que fué acogida la obra tenga una explicacion: muchos se sintieron aludidos y se espantaron de verse en ese espejo.

VIII

“*Por el joyel del Sombrero,*” de Peon y Contreras.

El año de 1876 fué próspero y fecundo para la literatura dramática mexicana.—Merced á la proteccion que dispensó el Gobierno á la Compañía del actor español D. Enrique Guasp de Pérís, numerosas obras se estrenaron en nuestra escena, y el público sacudió por algun tiempo la apatía y la indiferencia con que ve siempre todo lo nacional.

Nació para el teatro en tan inolvidable época el Sr. D. José Peon y Contreras, que ya ántes se había distinguido como poeta lírico.—Unía á una inspiracion vigorosa y fecunda la más tierna y delicada sensibilidad; tomaba los asuntos de sus dramas en el rico venero de la historia pátria, y en su versificacion, sonora siempre y llena de imágenes, se hallaba gran encanto y novedad. Sus personajes, si bien eran parecidos casi todos, hablaban el lenguaje de la pasion que representaban.—Por aquel entónces, Peon Contreras fué el autor favorito de nuestro público: á todos encantaba con sus versos, con los argumentos caballerescos de sus dramas, con sus doncellas enamoradas y sus galanes, que

nos trasportaban á otros tiempos: nadie dejaba de aplaudirle. Se le consideraba como el restaurador del teatro entre nosotros, y su maravillosa fecundidad enriqueció con valiosas joyas nuestro pobre repertorio dramático.

La última obra que ha dado á la escena tiene por título *Por el joyel del sombrero*, y se estrenó hace pocas noches en el Teatro Arbeu de esta capital. * Hé aquí su argumento:

Doña Mencía ama á D. Juan de Benavides, y ésta á su vez es amada de Iñigo, hijo de un escudero del padre de aquella, que murió defendiendo la honra de su señor. Iñigo y Benavides van á partir de esta Nueva España para las guerras de Flandes, el primero á buscar gloriosa muerte, ya que no encuentra amor en el corazón de Mencía, y el segundo decidido á no volver, porque hay un impedimento que no le permite unirse á ella. Iñigo descubre que tiene un rival, y sabe quién es, por el joyel de su sombrero: el padre de la jóven sabe tambien que un hombre ha entrado por el balcon en el aposento de su hija. Reprende á ésta con la ira y la indignacion propias de un hidalgo celoso de su honra; y prefiriendo la muerte y la de su propia hija á la vergüenza que le espera, decide en un arranque de furor inmolarla á sus piés y matarse él en seguida. Iñigo sale en aquel momento de un aposento contiguo, y al pedir la muerte para sí, con el fin de salvar á Mencía, el anciano lo cree culpable, lo llena de ultrajes, recordándole el cariño que siempre le ha tenido,

(*) Febrero de 1378.

y decide tambien matarlo. Pero no; es el hijo de su escudero, del que murió defendiendo su honor, y él no ha de pagar con un crimen aquella noble muerte. “Idos—les dice—el altar os espera.” Mencía obedece, porque la generosidad de aquel jóven ha salvado su honra, y porque sabe además que Benavides se ha despedido de ella para siempre.—Benavides se presenta al padre de Mencía, en el momento en que ésta se halla aún con el traje de boda, al lado de Iñigo, y la pide á su padre por esposa, anunciándole que el impedimento que ántes había desaparecido por una dispensa del Papa. Nadie le contesta, él observa la mayor turbacion en todos los semblantes, ve aquel cuadro, y lo comprende todo. Es inútil esperar, y se retira.

Iñigo va á partir en busca de honor y gloria, y al despedirse de Mencía, no le pide amor: tan sólo le dice que recuerde que es su esposa, y que guarde su honra.—Benavides pide una cita á la jóven, profiriendo algunas amenazas: ella se niega, lucha entre su deber y su amor, y triunfa aquel. Pero entónces Benavides entra por el balcon, y recuerda á Mencía sus juramentos. Al oír pasos, ocúltase Benavides en el aposento inmediato. Es Iñigo, que ha visto entrar á alguién por el balcon; mas no encontrando á nadie con su esposa, entra á buscar al ladron de su honra. Crúzanse los aceros: llega el anciano, que otra vez ha visto la escala en el balcon, y se indigna; entra en el cuarto donde se verifica la lucha, en el momento preciso en que sale Iñigo, y lo hiere mortalmente. El noble jóven muere cuando todos ven su inocen-

cia, cuando el padre de Mencía reconoce que todo lo ha hecho por amor y por salvar la honra de su hija, y cuando ésta le amaba ya, pues su hermosa conducta forma contraste con la de Benavides. Este es arrojado de la casa vergonzosamente.

Tal es el argumento de la nueva producción dramática del autor de *La Hija del Rey*. Tiene defectos, sin duda. Las primeras escenas son lentas, y tardía la exposición; hay situaciones que complican la trama, que impiden que el drama tenga un desarrollo natural, sencillo y más verosímil; y por último, el desenlace deja mucho que desear. Sin embargo de esto, el drama del Sr. Peon Contreras abunda en magníficas bellezas. Con excepción del primer acto, que ya he dicho camina con cierta lentitud, los dos últimos son interesantísimos, y tienen escenas que conmovieron profundamente al auditorio. Hay pasajes que llegan á lo trágico, situaciones felices, y efectos dramáticos de primer orden. El final del segundo acto es magnífico, y en él Peon Contreras se elevó á una altura extraordinaria. ¡Qué bien interpretadas están allí las angustias de aquel hidalgo noble, al sentirse herido en su honra por los dos seres que más amaba en el mundo! ¡Qué acentos tan inspirados pusieron en sus labios la ira y la desesperación! Y luego, aquella transición del más acerbo dolor á la más blanda ternura, de la ira al más generoso é increíble perdon! . . . El actor interpretó admirablemente este difícil pasaje: supo dar á su voz la entonación propia del que siente rugir en su pecho la tempestad, y

logra al fin que triunfen los generosos y nobles sentimientos.

Los caracteres de la obra están bien sostenidos. Íñigo, apasionado y tierno, lo sacrifica todo á su amor: su nobleza cautiva y enamora. Mencía interesa también por sus desventuras y por la viveza de sus afectos.—En una palabra, *Por el joyel del Sombrero* es, á mi juicio, drama de gran mérito: su argumento es hermoso, su desarrollo, en lo general, bueno; y su versificación gallarda y magnífica. El Sr. Peon Contreras merece las felicitaciones que por él ha recibido.

IX

"Lavalle mexicano," por D. Tirso R. Córdoba.

A la ya larga serie de libros útiles que ha escrito y publicado el autor de las *Cartas á Fausto*, tenemos hoy que agregar el precioso devocionario que con el título arriba indicado, acaba de dar á la luz pública el Sr. Lic. D. Tirso Rafael Córdoba.—Es una obrita de las más completas que pueden encontrarse en su género, muy á propósito para todos los ejercicios de piedad y prácticas religiosas, sobre todo de aquellas que son especiales de los católicos mexicanos. Esta circunstancia, en nuestro concepto, la recomienda más que otra alguna.

No siempre los libros ascéticos que andan en manos de todos reúnen las cualidades de acendrada piedad y de culto estilo, digno del elevado objeto á que están dedicados. Por lo ge-

neral, abundan en ellos las incorrecciones é impropiedades de lenguaje, que hacen resaltar más y más el poco tino y hasta la falta de buen gusto con que se escogen ciertas oraciones. Redactadas éstas por autores anónimos, careciendo del verdadero espíritu de piedad que tan necesario es para despertar el fervor, el alma sinceramente cristiana no encuentra en ellas la traducción fiel de los sentimientos que quiere expresar.

Pues bien: nada de esto se encontrará en el *Lavalle mexicano* del Sr. Córdoba. En él, como dijo el Ilmo. Sr. Labastida, Arzobispo de México, en una carta que se publicó, "*reina el espíritu de una piedad tierna y bien entendida*. Podría llamarse muy bien á este libro la llave de oro con que se penetra al santuario de la devoción más ilustrada, donde únicamente es dado saborear los opimos y deliciosos frutos de la verdadera y sólida piedad. En suma, este libro está destinado á ser el *vade mecum* de todo católico mexicano."

Nada más debemos agregar nosotros á tan explícitas y autorizadas palabras;—y terminamos estas líneas dirigiendo nuestros parabienes á los católicos mexicanos, especialmente á las damas, por tener ya un devocionario digno de su fé, de su piedad y de su cultura.



DECADENCIA LITERARIA.

I



AL observar y estudiar con detenimiento el triste estado en que se encuentra nuestra literatura, la escasez de buenas publicaciones, la falta total de crítica, el alejamiento y silencio de nuestros buenos escritores, la frivolidad é indiferencia del público, que no tiene un solo estímulo para los que se afanan y trabajan; al ver todo esto, y compararlo con lo que sucede en otras partes, razón hay para sentirse desalentado y triste, y para lamentar que la vida intelectual vaya siendo cada día más y más una mentira entre nosotros.—Hay para desesperarse al ver que en México rara vez ó nunca se publican obras de mérito, y que cuando esto sucede, las gentes apénas páran la atención en ello. Los tesoros bibliográficos con que de cuando en cuando enriquece el Sr. García Icazbalceta nuestra literatura, se apolillan en las librerías, y tan sólo tienen demanda del extranjero, donde se reconoce y se estima su mérito. Igual cosa sucede con las publicaciones de Ipanandro